

EL LABERINTO Y EL HILO

Una vocación dictatorial

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Cuando un gobierno cree que merece absolutamente el acuerdo unánime —es decir, cuando considera que todos los actos que realiza son aciertos que sólo discute el empecinamiento adversario—, ha comenzado la dictadura. Tal es el actual cuadro político peruano, cuya expresión más cabal es la maníatica reacción irritada del principal diario oficialista a toda manifestación de discordancia por parte de la oposición. El caso de dicho órgano periodístico ante la Facultad de Derecho, que se ha pronunciado contra los alcances de la reciente ley de represión, ilustra bien acerca del ensimismamiento del régimen y sus alegres coparticipes de los últimos años. Una entidad universitaria, en uso de su condición autónoma y científica, alude a los vicios de un instrumento legal abusando del cual puede impedirse no sólo la opinión ciudadana sino, lo que es más grave, el derecho a elegir en los próximos comicios nuevos gobernantes. Los gobiernistas de última hora no toman el documento como emanado de los conocimientos y la reflexión de los juristas universitarios: se sobresaltan como si fuera un libelo dirigido contra el político al que representan o contra ellos mismos. Se trata, pues, de una ceguera cuyo origen hay que buscar en el prurito de infalibilidad que parecen los beltranistas alentar.

¿Qué pasa en un país en donde no hay discusión de ideas? ¿Qué ocurre en una sociedad en donde los catedráticos son condenados a callar si reputan de erróneas las decisiones del régimen temporal? Se ha iniciado, ahora con caracteres leves que más adelante se agravarán, una suerte de absolutismo pernicioso y, por supuesto, radicalmente antidemocrático. La voz cantante que se quiere que prevalezca, acompañada por el coro sumiso de todos, es la del gobierno, a la manera de un recitativo cuya batuta lleva no el Presidente de la República, que recibió del pueblo su mandato, sino el Primer Ministro, que llegó al poder merced a terribles campañas contra sus antecesores, para, a la postre, hacer lo mismo que ellos, o algo peor.

Ya hemos visto cómo aún a la representación parlamentaria de oposición se la quiere amordazar por los condenables sistemas del carpetazo, la guillotina, la acusación arbitraria, la calumnia. Ya hemos comprobado que el periodismo y la reunión pública son recortados mediante artimañas rabulescas. Ya sabemos que la democracia, el "estado de derecho", de los que se presume pomposamente, son apenas vacuas palabras y no efectivas realidades. Ahora le toca el turno a la Universidad, que es el laboratorio y la tribuna del pensamiento vivo e independiente. La dictadura apunta una vez más, como una vocación profunda de quienes desde 1956 ostentan la autoridad, como un consciente o inconsciente tropismo de los dictadores de ayer y los golpistas de más tarde. Vendrá, pues, enseguida la ola de improperios contra profesores y alumnos universitarios, conforme al plan que se ha trazado el grupo gobernante y sus aliados. Y según se acerque la hora de la nueva decisión soberana del pueblo, los mecanismos de este subrepticio fraude que es acallar a la oposición con leyes especiales y montañas de injurias se acrecentarán. A nada se le teme más que al juicio electoral, cuyos términos anuncian claramente expresiones libres como la de la Facultad de Derecho de San Marcos que tanto ha indignado a los inestables satélites del oficialismo.